

XV

El mundo. — La marquesa de Boissy y lord Byron. — El barón Larrey y la madre de Napoleón. — El rey Jerónimo; el príncipe Jerónimo. — Un hijo del Emperador. — Reuniones y saraos. — Arsenio Houssaye. — Mi entrada en el *Cosmos*. — La familia Montgolfier. — Toco por ella al año 1734. — El doctor Hœfer, ermitaño del bosque de Sénart. — Alfonso Karr, y los hombres acomodados. — Sabios egoístas y curiosos.

Entre las señoras de gran mundo de aquella época imperial y de las que he conservado el más interesante recuerdo, me permitiré citar a la marquesa de Boissy. El marqués de Boissy era una de las figuras más originales del Senado del Imperio; sus finas réplicas y sus perpetuas interrupciones le habían hecho apellidar el Glais-Bizoin del Senado. (Tuve igualmente amistad con este amable diputado, que fué, en 1870, miembro del Gobierno de la Defensa nacional). Pero volvamos a la marquesa de Boissy.

Tenía ya cierta edad, o, por mejor decir, una edad cierta, pero todavía bella, siempre elegante, graciosa, y, lo que es más raro, instruída y erudita. Era una mujer que había visto mucho. Nadie ignora que era íntima amiga de lord Byron, y que ella era la famosa Guiccioli, celebrada por los poetas. A la edad de

quince años, joven de Rávena, de una perfecta belleza, la condesa de Gamba se había casado con el marqués de Guiccioli, al que no había amado jamás, y que se apasionó bien pronto por la celebridad y la belleza de lord Byron, encontrado en Venecia, llegó a estar perdidamente enamorada de éste y se había fugado con él. Ella le siguió hasta su fin trágico durante la guerra de Grecia, en Missolonghi, en 1824, y continuó fiel a su recuerdo como si fuera un dios durante su vida entera (lo cual no impidió sin embargo que se casara con el marqués de Boissy, gran enemigo de los ingleses, pero admirador de lord Byron). En este momento tengo a la vista una obra en dos tomos publicada por ella en 1868, y recibida de sus manos patricias, en la que describe las obras del poeta: *Lord Byron juzgado por los testigos de su vida*. Esta obra no está firmada. Es un panegírico perpetuo de elogios sin reservas.

Los banquetes de la marquesa eran superfinos. A ellos frecuentaban los hombres del día más notables, especialmente M. Caro, de la Academia francesa, y cuyos cursos en la Sorbona eran entonces la coqueluche de los parisienses. Pero lo que más me había llamado quizás la atención, cosa verdaderamente extraña de confesar, era... la alfombra del salón.

La marquesa habitaba un precioso hotel, en la rue Saint-Lazare, no lejos de la administración del ferrocarril de París-Lyon-Mediterráneo, rodeado de jardines con saltos de agua y al que se llegaba por un elegante peristilo con algunas gradas. El marqués tenía por armas una mano, y la marquesa, de nombre Gamba, una pierna. La decoración de aquella alfombra se componía de una serie de pantorillas alineadas.

BIBLIOTECA ALFONSINA

das oblicuamente, alternando con otra serie de manos abiertas, que parecían dispuestas a cogerlas. La originalidad bien conocida del espiritual senador no había sido extraña a la composición de aquella alfombra, sobre la que se dudaba primero marchar, porque las piernas eran de un hermoso rosa claro y las manos de un rosa más animado.

Entregada al espiritismo con una fe intensa, la marquesa creía haber quedado en relaciones póstumas con lord Byron, se ponía casi todas las noches a la mesa, lo evocaba con recogimiento, y escribía, convencida de tener la mano dirigida por su antiguo amigo. Lo más curioso quizás, es que le interrogaba con bastante frecuencia sobre la colocación de los fondos y las variaciones de la Bolsa. Como le hiciera yo notar lo poco probable que el poeta se interesara en el otro mundo en la alza y baja de los capitales terrestres, me respondió que no había nada que él no hiciese por amor a ella. Ignoro si sus consejos fueron siempre juiciosos. Pero en ello había un ejemplo notable de auto-sugestión.

Un autor humorístico ha definido a la mujer de la manera siguiente: « Un ser que se viste, charla y se desnuda. (1) » La marquesa no era de éstas ni lo había sido jamás, puesto que siempre había cultivado su imaginación. Pero preciso es confesar que las mujeres merecen frecuentemente el título de charlatanas y son a veces insoportables por sus habladerías sin fin. En mis pequeños viajes bastante frecuentes entre Juvisy y París he encontrado una con mucha frecuencia que, desde su entrada hasta su

(1) Esta definición es un juego de palabras en francés: « Un être qui s'habille, babille et se déshabille. » (N. D. T.)

salida del vagón, no cesaba un solo instante de contar historias de sus vecinos, y esto y aquello y los acontecimientos mundanos, y el teatro, y la política, y los ruidos de guerra, y las desgracias del tiempo, y el ministerio próximo a caer, y qué sé yo qué más. Cuando se piensa que el silencio es tan bueno y que sería tan agradable aprovechar de esta media hora para reposar la imaginación o para leer tranquilamente o simplemente para dejar errar la vista sobre las fluctuaciones del paisaje!

Entre los salones frecuentados en estos últimos siete años del Imperio a que hemos llegado, debería recordar también el de la vieja Mme Ancelot, muy académica; de la joven Mme Juliette Lamber (después Mme Adam), elegantemente política; del conde de Tocqueville, perfectamente literario; del mariscal Vaillant, ministro de la casa del Emperador; del barón Larrey, del duque de Brunswick, el de los diamantes fenomenales, que tenía la piel del cuello tirante y cosida para disminuir las arrugas de su cara, por otra parte vidriada, y trataba a sus huéspedes « como en familia »; del vizconde de Beaumont-Wassy que añadía a sus banquetes y sus saraos excelentes desayunos extremadamente artísticos, y donde se encontraban los principales literatos de aquella época; de la condesa de Grigneseville, literatura y bellas artes; de Mme O'Connell, arte, filosofía, baile y cenas; de Olympe Audouard, notable sobre todo por sus manejos galantes; de la condesa de Brassac, mucho más seria, y casi demasiado. Sería un poco largo resucitar estos recuerdos desaparecidos, aunque no carecen de interés por sus variedades políticas, monárquicas o republicanas. Algunos de

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

estos recuerdos parecen a veces extravagantes (1). Un día, en casa del mariscal Vaillant, que habitaba el ala de las Tullerías que limita al norte la plaza del Carrousel, un familiar de la corte que salía de las habitaciones del Emperador, había oído vagamente y desde lejos, una pequeña escena entre el Emperador y la Emperatriz, y la refería al ministro. Como llegase de una manera un poco imprevista, atravesando el salón donde había tenido lugar la escena, el Emperador le dijo: « Vea usted! acabamos de tener una discusión política, la Emperatriz y yo. Sí, una discusión política. La Emperatriz es legitimista, y yo soy orleanista; yo estoy por la monarquía constitucional y no por la autocracia. »

— Señor, yo había creído hasta aquí que Vuestra Majestad era bonapartista.

Arsenio Houssaye, el encantador y espiritual autor de la *Histoire du 41^e Fauteuil*, bello y perpetuamente joven « Carlomagno el de la barba florida », recibía en su fastuoso hotel oriental de la avenida Friedland a lo más escogido de los periodistas de París y la flor de las más distinguidas autoras.

El barón Larrey, de noble porte, grande, elegante, siempre afeitado de fresco e hijo del célebre cirujano de las guerras de Napoleón, era particularmente inte-

(1) Pueden citarse los de madame Ancelot. Había sido muy apreciada de los hombres célebres de su época y vivía separada de su marido, que sin embargo iba algunas veces a sus reuniones literarias, perdonando sus frivolidades debidas a un temperamento excesivo. Un día que había quedado en su casa después de una brillante recepción, y que entraba, de frac, hacia las diez de la mañana, uno de sus amigos se extrañó de este encuentro: « Sí, mi querido amigo, vengo de hacer e... a todo París. »

resante por sus recuerdos napoleónicos. Había sido presentado por su padre a la madre de Napoleón que vivía en Roma, largo tiempo después de la muerte del Emperador (hacia 1834), y que había conservado durante toda su vida sus gustos primitivos de economía y de simplicidad. Ella se había opuesto a que el Primer Cónsul se hiciera Emperador, y repetía frecuentemente, después del triunfo: « *¡Con tal que eso dure!* » y había reunido economías para atender a las necesidades futuras de los reyes sus hijos, cuyos tronos no le parecían asegurados. Estos recuerdos del barón Larrey transportaban a los oyentes al seno de un mundo desvanecido.

A este propósito podría quizás añadir aquí que, si no llegué a ver a la madre de Napoleón I (muerta en 1836), ví en cambio a uno de los hermanos de éste, Jerónimo, antiguo rey de Westfalia, la primera vez en octubre de 1856, cuando pasaba en coche por los Campos Eliseos, cuya plaza central estaba ocupada entonces por una fuente con un surtidor, y la segunda vez en junio de 1860, dos días después de su muerte, embalsamado en su lecho de honor, en sus habitaciones del Palacio Real, expuesto a las miradas de todos los visitantes. Me llamó extraordinariamente la atención su parecido con el Emperador: se hubiera creído ver al mismo Napoleón tendido en su lecho de muerte.

Nadie ha olvidado, por otra parte, el notable parecido de su hijo, el príncipe Jerónimo, con el Emperador. Napoleón III no tenía ningún rasgo de paridad con su tío, — con su causa y razón.

Este príncipe Jerónimo Napoleón me citó un día un ejemplo bastante típico de la vanidad de las

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

mayores glorias. La semejanza de que acabo de hablar le hacía ser orgulloso. Un día que seguía la rue de Rivoli, notó una carita bastante despejada que le miraba con insistencia. Era una joven bretona recién llegada a París. — « ¿Qué es lo que miras? le dijo. — Su cara, señor. — ¿Por qué? — Porque me interesa. — ¿Y qué tiene ella de interesante? — No sé. — Toma, *ahí va mi retrato*, añadió dándole una moneda de 5 francos con la efigie de Napoleón I. — ¡Cómo! ¿este es su retrato? — Sí, miralo bien; ¿no te parece? — Pero de quién es este retrato? — De Napoleón. — ¡Ah! es que yo no sé leer. Pero ¿quién es ese señor Napoleón? — ¿No has oído jamás hablar de él? — No. »

Otras veces se encontraba en ciertas sociedades de tercer orden un hijo de Napoleón I, que se parecía a éste más que su hermano y su sobrino. Se le llamaba « el conde León ». Había nacido hacia 1803, según me parece. El Emperador no había consentido en darle más que la mitad de su nombre. Era el tipo por excelencia del bohemio impenitente. Murió después de la guerra en la más lamentable miseria.

Entre los hombres célebres con quienes gustaba encontrarse en los salones, no debemos olvidar a Alejandro Dumas, siempre muy rodeado de admiradores, encantador y simpático, afable, grueso, macizo y con su corbata frecuentemente suelta. Su hijo prefería darse importancia, quizás por contraste.

Al mismo tiempo que los salones mundanos del segundo imperio, había reuniones más simples y no menos agradables. Tales eran las del taller de Etienne Carjat, fotógrafo-artista, caricaturista, escritor y poeta por momentos. Allí se encontraba el Todo-Paris

artístico y literario, especialmente Teófilo Gautier, escritor y pintor, Carlos Monselet, gastrónomo, Cátulo Mendez, Carolus Duran, Alejandro Hepp, Xau, etc. Los refrescos consistían en un barril de cerveza abierto a discreción en el patio.

Tales eran también las reuniones artísticas del



EL PRÍNCIPE JERÓNIMO NAPOLEÓN

escultor Cordier, que acababa de construir una casa con taller en el Boulevard Saint-Michel, 115, donde Madame O'Connell emigró de la plaza Vintimille con su enjambre de preciosas bailarinas.

De otro orden muy diferente eran también los círculos políticos, falansterianos, o socialistas, donde se discurría sobre los principios del Gobierno. Antiguos sansimonianos formaban frecuentemente su base. Allí se encontraban principalmente Eugenio

Pelletan, Considérant, Massol, Federico Morin, Courbebaisse, Eugenio Bonnemère, Eduardo Gagneur, Carlos Fauvety, León Richer, Eugenio Nus, Juan Macé, Hetzel, el doctor Gruby, Felix Foucault, Clémence Royer, Maria Deraisme y Max Valrey. La mayor parte eran republicanos convencidos y desinteresados, imbuidos en los principios generales de 1789 y de 1848, lo cual se llama hoy de los inocentes. En aquel tiempo no estaba considerada la política como uno de los medios — y de los más rápidos — de enriquecerse.

De un orden completamente diferente debo citar también mis relaciones con un hombre extremadamente eminente, el Padre Gratry, al que me había presentado, en su casa llena de hermosos libros, rue Vaneau, si mal no recuerdo, su ahijado Luis de Noiron, mi compatriota del Alto-Marne, el autor de la *Mission nouvelle du Pouvoir*. El Padre Gratry era astrónomo sin que él mismo lo supiera, según creo, y era uno de los espíritus más elevados que yo he conocido. Este escritor no era jesuita, como se ha dicho, sino padre del Oratorio. Fué uno de los hombres que ilustraron a la Academia francesa.

Hacia la misma época igualmente me encontraba en relación con el estatuario Etex, conocido sobre todo por su grupo de la Resistencia (1814) del Arco de Triunfo de la Estrella. Deseaba hacer mi busto para reemplazar al de Guerlain, que no le gustaba. Su taller, con jardín salvaje, se hallaba en la rue de Assas, formando esquina con la rue Joseph Bara.

Sin detenernos más en los salones de París, nuestros lectores han comprendido ya que la frecuentación del mundo no me ha hecho perder mucho tiempo

y que he preferido a ellos con mucho el trabajo.

Me ha parecido siempre inexplicable que seres humanos dotados de un cerebro cultivado hayan podido pasar su vida sin hacer nada. En los hombres es bastante raro, pero es frecuente en las mujeres. Se encuentran muchas que no saben nada de nada, que no han leído jamás un libro de ciencias, que no tienen biblioteca, que no se ocupan más que de admirarse a sí mismas, que no pueden decir dos palabras razonables y que, en un salón, no pueden sino sentarse y hacerse mirar, recibiendo perpetuamente huecos y sosos cumplimientos sobre sus ojos, sus cabellos, sus hombros, su cintura o sus pies, y cuyo pensamiento íntimo es que su existencia no tiene otro fin que el de servir a los placeres del hombre. No hay duda que en esta parte no somos nosotros los que debemos quejarnos. Sin embargo ¿en qué perderían los encantos de una mujer hermosa, cesando de ser una estúpida?

Las conversaciones mundanas son, en general, de una banalidad pasmosa, y casi todas siempre las mismas. Si se trata de un hombre célebre, de un sabio, de un literato o de un artista : ¿Qué edad tiene? empieza por preguntarse. Y después : ¿Es rico? Pase por lo que respecta a la edad, que puede tener su interés para los que se imaginan que la edad real de un organismo humano está indicada por la fecha de su fe de bautismo; pero ¡la fortuna! ¿Qué es lo que el dinero puede tener de común con el valor intelectual? ¿Es que Victor Hugo es mejor poeta por haber dejado millones, y Lamartine menos grande que él por haber muerto pobre? ¿Es que nos preguntamos si Copérnico, Galileo, Képler, Newton, Leo-

nardo de Vinci, Miguel Ángel, Rafael, Mozart o Beethoven eran ricos? Y por tanto, véanse las figuras de un salón. Un hombre célebre está allí hablando, y si se sabe que no tiene fortuna, parece que todo el mundo le desdenea. Pero si se habla de sus riquezas, de sus dignidades, o de sus propiedades llega a ser completamente interesante. Esto no tiene sentido común. Ahora bien, cualquiera que sea el punto sobre que versen las conversaciones mundanas, casi todas son tan banales.

Confesaré que las gentes que no hacen nada, me parecen monstruos de la naturaleza.

El amor al trabajo, la necesidad de instruirme constantemente, el placer de estudiar todas las cuestiones, la ausencia de toda ambición práctica, el horror que yo sentía contra los jóvenes que se introducen subrepticamente por todas partes, halagando a los hombres que han medrado y buscando conquistar los mejores puestos, hicieron bastante pronto de mí un hombre solitario, y, durante algún tiempo, Jean-Jacques Rousseau fué mi autor favorito. Por otra parte, desde mi más tierna infancia me gustó la soledad y la tranquilidad, y jamás tuve con nadie camaradería íntima. De todas estas circunstancias ha resultado un hecho bastante raro y extravagante, cual es el de *no haber hecho jamás visitas a nadie*. Llamo visitas, a las visitas mundanas de cortesía o de interés. Lo que se llaman visitas de digestión, en recuerdo de una invitación agradable a almorzar o a comer, tampoco las conozco. Siempre he sentido esta falta de obediencia a los usos más elementales, y a veces me he tenido por un grosero completo para con los más grandes personajes. Pero siempre volvemos

a la misma historia: el tiempo me falta, como me falta hasta para responder a las cartas que recibo. Se pueden hacer muchas cosas en la vida, pero hay una que es imposible, cual es la de crear el tiempo.

Se pregunta a veces a los sabios desinteresados, por qué trabajan tanto. Estos sabios pueden responder que es por placer, que el trabajo lleva en sí mismo alegrías, que existe en el trabajo una emoción estética y un goce artístico análogo al que produce una bella estatua, un hermoso cuadro o una bella sinfonía, y que los resultados prácticos de estos trabajos intelectuales, si existen, no valdrían, cualesquiera que fuesen, el bienestar y la dicha procurados por el estudio en sí mismo.

*
**

Anteriormente hemos hablado del periódico científico semanal, el *Cosmos*, y de su redactor jefe el cura Moigno.

Habiendo sobrevenido dificultades de administración, el periódico fué adquirido por M. A. Trambly, y la redacción fué transformada; el cura Moigno se retiró y fundó *Los Mundos*; el *Cosmos* fué redactado por un grupo de sabios, entre los cuales debo señalar, además del célebre Babinet, un hombre del más alto valor, Fernando Hofer, el enciclopedista director de la *Nouvelle Biographie générale*, en 45 volúmenes, tan estimada por todos los dedicados al trabajo. Hofer iba algunas veces a la librería académica Didier, y nos habíamos encontrado allí. Al poco tiempo me había testimoniado una amistad casi paternal y, como yo había observado con él, en casa

del astrónomo Goldschmidt un bello eclipse total de Luna, el 1º de junio de 1863, me propuso enviarme la relación al *Cosmos*. Acepté con el mayor gusto, y esta relación fué publicada en el número del 5 de junio del expresado año. Se me encargó de la redacción regular, cada semana, de los artículos de astronomía y meteorología, y esta redacción se continuó sin interrupción hasta 1869. Tengo a la vista estos antiguos volúmenes, especialmente el de 1863, y mi primer artículo. Esta fecha de 5 de junio de 1863 es pues, como dije en otro lugar, la de mi entrada en el periodismo científico.

Este periódico técnico, muy serio, no tenía un gran número de abonados y, por consiguiente no estaba rico. Mi sueldo era bastante modesto: 30 francos por mes, más 200 francos al fin del año, por redactar las tablas y la noticia del *Anuario*. Pero tenía una gran influencia en el mundo científico, y yo estaba obligado a estar puntualmente al corriente del movimiento científico, estudiar las cuestiones e instruirme sin cesar, y estaba encantado de poseer aquel órgano, en el que tendría la ocasión de juzgar los manejos de M. Le Verrier en el Observatorio.

Por otra parte, continuaba siendo calculador en el Bureau de Longitudes.

Hojeando el volumen del *Cosmos*, de 1863, acabo de ver, al lado de mi primer artículo, otro « sobre el espíritu de invención », por Séguin, sobrino de Montgolfier. El pasaje siguiente me parece de naturaleza a interesar a nuestros lectores, porque se trata de la invención de los aeróstatos. Todos sabemos que la primera montgolfiera, hinchada de aire caliente, se elevó del suelo de Annonay el 5 de junio de 1783.

Quisiera contar, escribe Séguin, de qué manera llegó mi tío Montgolfier a la invención de los aeróstatos; es un relato que me será fácil, porque se lo oí contar a él mismo, un sin número de veces.

Dotado de un espíritu esencialmente recto y juicioso, pero al mismo tiempo muy independiente y enemigo de toda sujeción, no había podido jamás plegarse al sistema de educación, sea literaria, sea científica, tal como estaba en vigor en aquella época en los conventos religiosos de las pequeñas poblaciones como Annonay, lugar de mi residencia. Todo lo que mi tío sabía, lo había aprendido por sí mismo; verdadero autodidáctico, todas sus ideas le pertenecían exclusivamente.

Gran experimentador, era, desde su más tierna edad, la desesperación de todos los que, en la casa de su madre y de su padre, se entregaban a la industria de la fabricación del papel. La materia primera, las diversas substancias, las herramientas y los aparatos empleados en la fábrica, todo era objeto de sus hurtos y de sus depredaciones; y, obrando así, no hacía más que obedecer a la pasión que tenía de determinar las propiedades de los cuerpos, de inventar nuevas máquinas y de hacer sus aplicaciones.

Entre sus investigaciones, citaré las que se referían a la gravedad específica de los cuerpos. Se había preguntado por qué las nubes se sostienen en la atmósfera y por qué las nieblas, que le parecían de una naturaleza análoga, se arrastraban sobre la tierra. El vapor y el humo, que se elevan igualmente por el aire, le parecían susceptibles de estar sometidos al cálculo y, buscando la manera de elucidar estas cuestiones, es como le vino a la imaginación que, encerrando en una envoltura de papel cierta cantidad de humo, se podría hacer elevar esta envoltura en el aire.

Frecuentemente se ha hablado de una camisa que mi tío calentaba, dándola vueltas entre sus manos por encima de una hoja de papel encendida, y de la observación de que la camisa perdía considerablemente de su peso. El hecho es cierto, pero no ha sido el solo que ha contribuido a la invención de los globos. En efecto, para un espíritu observador, todo se utiliza cuando se trata de

llegar a un fin, y nada es pequeño, nada debe despreciarse, porque el conjunto de una multitud de hechos, de una infinidad de observaciones que, convergiendo hacia el mismo punto, es lo que conduce a la verdad.

Como esta historia de la camisa de madame Montgolfier ha sido frecuentemente tratada de invención, no es inútil saber que ella es verdad. Por otra parte, ella no tenía nada de extraordinario. En invierno, se tiene por muy agradable ponerse una camisa caliente y seca. Ahora bien, en nuestras casas de provincia, la ropa se conserva generalmente en vastos armarios de las habitaciones del piso bajo, donde está más o menos húmeda. En el Alto-Marne, era antiguamente uso (y quizás sigue siéndolo siempre), de dar vueltas a la camisa sobre la llama del fuego de la gran chimenea, para secarla bien en el momento de cambiarla por la antigua.

Y puesto que acabamos de hablar de madame Montgolfier, notemos, lo cual no es muy común, que vivió ciento once años y no murió sino en 1845, en París. Había conservado la vista, el oído, el ejercicio de sus piernas y una excelente memoria, que no perdió sino dos días antes de su muerte. Las generaciones humanas abrazan más tiempo de lo que parece. Así es que me encuentro ser contemporáneo de madame Montgolfier, puesto que yo existía desde hacía dos o tres años cuando ella murió, yo podía haberla visto, y ella había nacido en 1734, o sea hace ciento setenta y siete años. Dos memorias solas, la suya y la mía, bastan para abrazar este espacio y más, porque yo no estoy quizás todavía, al final de mi carrera.

Allá va otra historieta, que no tiene ninguna importancia. Desde 1863, permanecí en relación con la

familia Montgolfier, y esta célebre casa me abasteció siempre el papel sobre el cual escribo. La hoja misma sobre que trazo estas líneas lleva en su pasta estas palabras: MONTGOLFIER-VIDALON-LES-ANNOY. He aquí una casa que tiene igualmente una bella longevidad, puesto que el padre de los inventores de la aerostación era ya fabricante de papel. Actualmente (1911), el director se nombra R. de Montgolfier (1).

Había yo pues entrado en la redacción del *Cosmos*, a la que estaba asociado el sobrino de Montgolfier (Seguín era además un ingeniero célebre), presentado por el doctor Hœfer. Es un gran placer, es una verdadera satisfacción para mí traer aquí el recuerdo de aquel hombre de bien, que era al mismo tiempo un talento de primer orden. Rápidamente intimé con él y permanecimos en relación frecuente hasta el día de su muerte (mayo de 1878). Habitaba en Brunoy, sobre la orilla del bosque de Sénart, y frecuentemente firmó sus artículos « l'Ermité de la forêt de Sénart ». Su obra *El Hombre ante sus Obras* está firmada JUAN EL ERMITAÑO. Era un independiente, un observador y un filósofo.

Debó a Fernando Hœfer haber apreciado, muy temprano, dos axiomas no vulgares: el primero es que, « la busca de la fortuna y la ambición de los honores

(1) A propósito de la longevidad de madame Montgolfier y de la extensión de los recuerdos humanos personales, puedo añadir que, en estos últimos días (mayo de 1911) he tenido ocasión de hablar con un hombre que ha visto a Napoleón. Nacido el 25 de agosto de 1807, se encuentra en su 104.º año, y su padre era guarda del palacio de Versalles. Recuerda muy bien que el emperador le tomó en sus brazos cuando tenía cuatro, cinco y seis años. Este centenario se llama Pedro Schamel y es pensionista en el hospicio de Ivry, donde ejerce todavía su oficio de sastre.

son incompatibles con la verdadera dicha del espíritu »; el segundo, que, « la ciencia oficial no es la garantía de la verdad ». Yo entraba en la vida cuando por la primera vez cambié las confianzas de mi juventud con los consejos de su experiencia, en una bella tarde de verano, bajo las vastas sombras del bosque de Sénart. Creía que los millonarios eran felices y, a pesar de mis altercados con Le Verrier y sus variadas historias, pensaba aún que, en general, los sabios del Instituto vivían en el ideal y en la paz suprema de la contemplación pura. El filósofo historiador, que había ya publicado los cuarenta y cinco volúmenes de la *Biographie générale*, y que había estudiado de cerca a los hombres y a las cosas, calmó mi entusiasmo contándome la historia de los sabios ilustres que vivían aún, y especialmente la de Victor Cousin, del que él había sido secretario... Victor Cousin era un autócrata terrible y fatal, autoritario, egoísta y funesto a sus colaboradores. Hoefer me contó la historia de los diversos secretarios de Cousin, entre otras la de un alumno de la Escuela normal, Etienne Moret, que, desesperado, se había arrojado al Sena desde lo alto del Puente Nuevo. Parece, por otra parte, que otro secretario de Cousin, Lamm, premio de honor de retórica en el concurso general, tuvo una suerte análoga, y murió de hambre. Si yo no hubiera tenido el alma iluminada por el sol de los veinte años, hubiera vuelto a París más misántropo que Jean-Jacques. Por otra parte, todo lo que me contó de Cousin me fué confirmado más tarde por Jules Simon, que había empezado su carrera por ser suplente, en la Sorbona, del solemne profesor. Existe cierta traducción de Platon, firmada de Cousin, y que

no es de él, aunque lanzó verdaderos gemidos sobre las fatigas y los insomnios que este trabajo le había causado (1).

Victor Cousin conquistó gradualmente todas las situaciones, Sorbona, Instituto, Consejo de Estado, ministerio de Instrucción pública, etc., pero no es un modelo digno de imitar.

Se tendrá una justa idea del carácter de Hoefer leyendo las páginas que ha escrito como prefacio de su libro de las *Estaciones*, y especialmente el pasaje siguiente, que dice más que una larga biografía :

Retirado desde hace cerca de diez años en el campo, escribía en 1867, paso mi vida en medio de esas armonías que elevan el alma cuando se busca seriamente penetrar sus leyes. En este destierro voluntario, me ha sucedido hacer singulares comparaciones entre el torbellino del mundo humano y las pacíficas transformaciones de la naturaleza. ¿Por qué pierden tanto los hombres cuando son vistos de cerca? ¿Por qué es tan triste el espectáculo de sus pasiones? Es porque allí todo es estrecho y limitado; es una atmósfera donde falta el aire para respirar, porque cada uno quiere ser un dios. Hay prisa por ir a respirar el aire libre, para ponerse en comunicación con lo que no es de creación humana. En ese dominio sin límites no se puede ver nada de demasiado cerca y nos sentimos atraídos como a pesar nuestro, por ese centro desconocido que se llama la Verdad.

Habiendo podido estudiar la vida de los hombres que han dejado huellas de su paso, comprendo la palabra de un célebre escritor : que, pasada cierta edad, no se puede ser sino un misántropo o un bribón. Para esta triste alternativa, hay sin embargo un remedio : el amor de la natu-

(1) Jules Simon no fué, en efecto, más feliz que Hoefer como profesor suplente de Cousin en la Sorbona, hacia la misma época (con el sueldo de 1.000 francos por año : 83 fr. 35 por mes). (Véanse sus Memorias).

raleza, aliado al amor al trabajo. Por una especie de egoísmo, quisiera hacer participar a todos mis lectores de la dicha que siento en el hogar de ese doble amor.

Ningún placer es comparable al que se siente al interrogar a la naturaleza, sin sistema y sin ambición. Un insecto, una hierbecilla, un grano de arena pueden llegar a ser el punto de partida de una inagotable serie de preguntas y respuestas. Entonces es cuando en medio del infinito se siente uno como en su propia casa.

Durante todo el largo camino de su vida laboriosa y fecunda, ha sido un observador filósofo. Su temperamento era estudiar siempre. Nacido en 1811, en Doeschnitz, en Turingia, llegó a Francia en la revolución de 1830. Veinte años y veinte francos : esta era toda su riqueza. Empezó por dar lecciones de alemán y después le seguimos en Roanne y en Saint-Etienne, donde se hizo nombrar profesor de tercer año. En sus momentos perdidos, dió lecciones de piano y compuso valeses. Después tradujo el Kant (*Critica de la razón pura*) y, por recomendación de Burnouf, Cousin, encantado, le llamó junto a él. Hœfer llegó a ser secretario del académico. ¡Qué horror! pero ¡qué miseria! Escribir según el dictado del amo, recibir directamente y sin intermediario las palabras sonoras que caían de su boca y comunicarlas a la posteridad, era casi todo el tratamiento del secretario.

Un día se había instalado en un pequeño gabinete de la biblioteca del Instituto, a fin de comprobar más cómodamente los pasajes de los Padres de la Iglesia que Abelardo cita en su *Sic et non*, cuando Cousin fija su atención en este aforismo del prólogo: *Dubitando ad veritatem pervenimus* (dudando es como marchamos hacia la Verdad). Abelardo no invocaba a este propósito ninguna autoridad, y Cousin no

vació en hacerle el honor de esta proposición análoga a la teoría de Descartes sobre la Duda. Sobre este descubrimiento filosófico, Cousin compuso inmediatamente, para la Academia de ciencias morales y políticas, una memoria en la que Abelardo fué presentado como el precursor de Descartes. Hecha su lectura, fué perfectamente acogida. Vino a informar a su secretario del asentimiento lisonjero de su auditorio académico. « Pero, le dijo muy tranquilamente Hœfer, el pasaje de que usted habla no es de Abelardo; es de Cicerón y hasta del tratado más conocido del orador romano : *de Officiis*.

« ¡Desgraciado! gritó el filósofo transportado de cólera; ¡no haberme preservado de este engaño!... ¡Soy un hombre literalmente deshonorado! » Y el arrebató filosófico tomó desde aquel día un tal diapasón, que el pobre secretario tuvo que romper sin más tardar.

Esto ocurría en 1836.

La historia de Hœfer con Victor Cousin se parece un poco a la mía con Le Verrier. Se vió obligado a abandonar a su amo, se decidió a escoger una profesión más independiente, se consagró al estudio de la medicina y se hizo recibir doctor.

Hœfer ejerció algunos años la medicina con celo, en los barrios más populosos de París. A él se debe haber introducido científicamente, y después de experiencias bien conducidas, el uso del platino y de las sales de este metal en la terapéutica.

Se hizo naturalizar francés en 1848 « cuando la nación se gobernó por sí misma. »

A partir de esta época fué cuando se consagró a sus estudios de benedictino de donde salieron sus innu-